



CEU  
*Biblioteca*

Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de docencia e investigación de acuerdo con el art. 37 de la Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 de Julio del 2006.

*Trabajo realizado por: CEU Biblioteca*

Todos los derechos de propiedad industrial e intelectual de los contenidos pertenecen al CEU o en su caso, a terceras personas.



El usuario puede visualizar, imprimir, copiarlos y almacenarlos en el disco duro de su ordenador o en cualquier otro soporte físico, siempre y cuando sea, única y exclusivamente para uso personal y privado, quedando, por tanto, terminantemente prohibida su utilización con fines comerciales, su distribución, así como su modificación o alteración.



## CAPÍTULO 7

# LA PERSONALIDAD EN LAS TEORÍAS PSICOANALÍTICAS

Aquilino Polaino-Lorente

### 1. Introducción

En el contexto histórico en que hace su aparición la teoría psicoanalítica de Freud (1856-1939), es decir, en las primeras publicaciones de Freud, apenas se hace mención a la personalidad. Hasta cierto punto es esto comprensible, puesto que los teóricos de la personalidad aparecen en un contexto académico mucho más tarde, ya bien entrado el siglo XX.

El horizonte histórico en el que comienza a escribir Freud está todavía penetrado por la psicología filosófica o racional representada por Brentano (1838-1917) y Husserl (1859-1938) y la psicología fundada en la introspección. No obstante, es cierto que al filo de esa misma fecha se inicia la psicología experimental conducida por su pionero Wundt (1832-1920) en la Universidad de Leipzig (1878), que enseguida continuó de mano de otros muchos profesores que le siguieron: Ebbinghaus (1850-1909), Müller (1850-1934), Titchener (1867-1927), Stern (1871-1938), y entre ellos y muy especialmente Stanley Hall (1844-1924), quien fundó el primer laboratorio de psicología experimental en los Estados Unidos.

En ese contexto es, desde luego, comprensible que Freud no se ocupara del estudio de la personalidad, sino de lo que el biologicismo y fisicalismo del momento parecían aconsejarle. No resulta extraño, por eso, que Freud opte por el estudio de lo denominado por él con el término de el «aparato psíquico». No obstante, enseguida tendremos ocasión de observar como acometió el esbozo de una teoría de la personalidad, por exigencia de la misma estructura de la conciencia, de la que se había ocupado con anterioridad.

Resulta muy difícil trasladar aquí, aunque sea de forma muy sucinta, la teoría de Freud acerca de la personalidad. En primer lugar, porque

como tal teoría jamás fue formulada en ninguno de sus numerosos escritos, a no ser que se entienda como tal teoría de la personalidad la que emerge de sus consideraciones acerca del aparato psíquico.

En segundo lugar, porque en función de esa estructura de la personalidad por él propuesta, el autor configura apenas una ambigua tipología (tipos erótico, obsesivo, narcisista y mixtos), hoy irrelevante e ignorada por obsoleta, sin que por eso profundizara y consolidara su teoría acerca de la personalidad.

En tercer lugar, porque el referente de los tipos humanos por él descritos se sitúa más en el marco de la clínica que en el de la psicología general, que es lo pertinente, lo que contribuyó a un cierto sesgo psicopatológico en sus descripciones.

Y, en cuarto lugar, porque a lo largo de su extensa obra Freud modifica y transforma diacrónicamente muy diversos contenidos de su teoría lo que, sin duda alguna, debilita la coherencia y consistencia de aquella. Pero dada esa versatilidad y mudanza en los elementos que integran el «aparato psíquico», tal y como el autor lo concibió, es relativamente fácil que el atento lector se confunda en el laberinto de los cambiantes contenidos sostenidos por Freud en sus publicaciones.

Por consiguiente, en las líneas que siguen se procederá a tratar los elementos y sistemas más sustantivos que configuran la trama de lo que podría denominarse «teoría de la personalidad», según Freud. Aunque se decidiera denominarle de la forma más rigurosa y ajustada posible, habría que hablar de estructura de la personalidad según el «aparato psíquico» concebido por Freud.

Para responder a esta difícil tarea es preciso seleccionar con especial cuidado algunos fragmentos de la extensa obra freudiana, aquellos precisamente que resultan primordiales para lo que aquí interesa, al mismo tiempo que se procura no alterar ni traicionar, en modo alguno, lo que él sostuvo (Polaino-Lorente, 1994).

De acuerdo con este último criterio, el autor de estas líneas considera que es pertinente atender aquí a ciertas cuestiones fundamentales, justamente las que se han seleccionado en los siguientes epígrafes:

- El «principio del placer» y el «principio de la realidad».
- La topografía de la conciencia.
- La estructura de la personalidad.
- El desarrollo evolutivo de la personalidad.
- Los mecanismos de defensa del yo.

### 1.1. *El «principio del placer» y el «principio de la realidad»*

Freud trató de desvelar el misterio del placer desde el horizonte de un mundo científico, el de su época, enmarañado como estaba desde tanto tiempo atrás por una concepción materialista y mecanicista de la medicina. Con su contribución, sin duda alguna, consiguió iluminar sólo parcialmente viejas oscuridades, al mismo tiempo que contribuyó a hipotecar de forma muy sesgada el pensamiento posterior acerca de este problema. En cualquier caso, con su teoría no llegó a dar alcance a la globalidad y singularidad del espíritu de la persona, verdadera clave para desvelar la auténtica realidad humana.

Importa mucho que asumamos este problema desde la perspectiva freudiana, pues aunque la teoría psicoanalítica tuvo la pretensión de llegar a ser eso, doctrina aplicada al hombre, el punto de vista de que partió fue, a su modo, científico, pero sólo de acuerdo con el modo particular en que entonces se concebía la ciencia.

La exposición desordenada —y aún contradictoria en algunos puntos— de la teoría freudiana a lo largo de las obras de su autor en lo referente a los principios que a continuación estudiaremos, me excusa de reproducirlas aquí de un modo sistemático. Me limitaré a espigar algunos de los textos más relevantes y emblemáticos de Freud, en torno a estas cuestiones.

Freud tenía relativa experiencia en el tratamiento de ciertos pacientes neuróticos —la mayoría de los que trató fueron etiquetados con este diagnóstico—, en los que observó que muchos de sus síntomas constituían un modo de apartarse de la realidad, simplemente porque no la soportaban y les era imposible tolerar (Gay, 1990). De otra parte, su estudio de la represión le llevó a la convicción de que el «aparato psíquico» dispone de los elementos necesarios para apartar de sí, para evitar de una u otra forma, que «lo molesto o desagradable» llegue a la conciencia.

Su experiencia clínica coincidía y, a su modo, sancionaba su afirmación de que los mecanismos psíquicos estaban al servicio de la búsqueda del placer y el alejamiento del dolor. Estas afirmaciones fueron expuestas de una forma más sistemática en una publicación que llevaba por título «Los dos principios del suceder psíquico» (1911), en que sin vacilación alguna sostuvo que el ser humano se ve solicitado por dos principios: el de la realidad y el del placer.

*El principio del placer*, según Freud, dirige la casi totalidad del comportamiento durante las primeras etapas de la vida. Ahora bien, como es forzoso que el ser humano se adapte a la realidad, parece lógico que el principio de la realidad vaya sustituyendo al principio del placer a lo largo de la vida en todas las funciones psíquicas. Freud admite una excep-

ción a este respecto: la de los instintos sexuales. La fantasía parece mediar entre estos últimos y el principio de la realidad, mediante su satisfacción en objetos sexuales imaginarios, mucho más asequibles, cercanos y disponibles que los objetos concretos a los que tienden, de más difícil alcance, cumplimiento y satisfacción.

Toda una psicología evolutiva subyace implícita siguiendo el despliegue de este eje vertebrador del psiquismo humano, que es el principio del placer. Nada de particular tiene, según esto, que el Yo bascule entre lo deseable y más fácil de alcanzar (el placer) y lo práctico, distante y difícil de lograr (la realidad). Esta basculación se opera en los pacientes neuróticos a favor del placer. De aquí su inadaptación a la realidad. De aquí también el «retraso» madurativo que se advierte en su personalidad, retraso que pone de manifiesto la incapacidad de inhibir o dirigir con acierto sus deseos, de manera que su conducta se adapte a la realidad.

El modelo sobre el que va a operar la metodología psicoanalítica será el de una persona demasiado concreta y singular: la persona neurótica. Para su análisis se sirvió de un método epistemológico exclusivo: la hermenéutica, la interpretación de lo irracional. Un modelo éste que ha recibido numerosas y fundadas críticas (Frankl, 1999; Gay, 1990; Eysenck, 1988; Eysenck y Wilson, 1980; Fromm, 1980; Rachman, 1975).

El hombre del que parte Freud es un hombre mutilado, en el que su horizonte ha sido reducido a deseos irracionales, siendo el principal de ellos el sexual. El hombre, en el modelo freudiano, se hace sexualidad radical e irracional.

En Freud, la *sexualidad* abarca la totalidad psicológica del hombre. La sexualidad es aquí sinónima de placer, que es el eje psicoanalítico fundamental en torno al cuál se redimensiona y vertebra la vida humana como totalidad. El *placer* da sentido a la vida, considerada ésta en su dimensión casi exclusivamente biológica. El placer sexual será la forma más importante de placer; un factor que está omnipresente en todos los otros, siendo como lo determinante y el motor de la vida individual y colectiva.

Según esto, la realidad humana y biológica no se entiende —deja de ser realidad—, cuando prescindimos del placer. De aquí que surja un *principio*, el *del placer*, según el cual se explica gran parte del comportamiento humano, incluida la misma corporalidad. El fundador del psicoanálisis dibujará por eso el esquema corporal que resulta ser también, de alguna forma, un esquema psíquico, en el que ocupan un lugar relevante las zonas erógenas. Las cordilleras somáticas y psíquicas son levantadas en relación con este principio. El cuerpo tiene importancia en la medida que es señal del irracional deseo, subordinándose al cuál adquiere una cierta significación.

De aquí las distintas etapas evolutivas de la corporalidad psicobiológica de la persona, en estrecha relación con la proyección erógena que se hace o se interpreta de las diversas áreas de su respectiva geografía corporal.

La realidad del hombre no puede ser otra que esta *necesidad de placer* a la que tiende su psicología y biología, conjuntamente. El *homo* natural deviene con Freud en *homo necessitudinis* (la necesidad de satisfacer el deseo al que está sometido y del cual es rehén). He aquí la quintaesencia de la realidad humana, tal y como es concebida por el autor.

La vertebración de esta necesidad parte de un fundamento biológico, que al compás de ciertos principios evolucionistas —injertados en el costado de la teoría psicoanalítica— ascienden hasta alcanzar el esqueleto psicológico del hombre. Desde esta plataforma, la necesidad humana se erigirá en principio justificante de cualquier aspecto de la conducta humana. Toda actividad del hombre quedará teñida —a costa de adjetivarla— de erotización.

Un poco más tarde, en 1920, Freud avanza un paso más en torno al principio del placer (en su obra *Más allá del principio del placer*). Es cierto que sigue considerándolo como el único regulador de los procesos psíquicos, pero no sólo en tanto que satisfacción de los deseos sino también en cuanto que aliviador y atenuador de las tensiones displacenteras.

De aquí que en ciertas ocasiones el principio del placer no domine a los procesos psíquicos, sino que se someta en algún modo al principio de la realidad, pero aplazando de momento la satisfacción de su deseo y dando como un rodeo hasta definitivamente alcanzar su meta. Esta renuncia aplazada y tal vez fingida pone de manifiesto, una vez más, la perentoriedad y el imperio del *principio del placer*, que ahora es definido como *la tendencia del aparato psíquico a mantener lo más bajo posible la cantidad de excitación* (casi siempre displacentera).

Pero las cosas no son del todo así o al menos no han sido contempladas desde esta misma perspectiva por otros psicoanalistas. Este es el caso de Frankl (1950; cfr. Polaino-Lorente, 1999), quien ha mostrado los débiles fundamentos de la teoría freudiana acerca de este principio. «La teoría del principio del placer —escribe— pasa por alto el carácter esencialmente intencional de toda actividad psíquica. En general, el hombre no quiere el placer, sino que quiere, sencillamente, lo que quiere. Los objetos de la voluntad humana son muy diferentes los unos de los otros, mientras que el placer siempre sería el mismo, tanto en el caso de una conducta moralmente valiosa como en el de un comportamiento del «principio del placer» ha de conducir en el aspecto moral a una nivelación de todas las posibles finalidades humanas» (pp. 20 y 50-60).

Kierkegaard expresó este mismo pensamiento con palabras muy bellas cuando dijo que «la puerta hacia la dicha se abre tirando hacia fuera.

Quien se empeña en abrirla empujando hacia dentro, lo que hace es cerrarla. Quien busca por encima de todo la dicha bloquea por ese solo hecho el camino que conduce a ella. Por donde, en última instancia, nos encontramos con que toda aspiración a la dicha —a esa supuesta meta “final” de la vida humana— es ya de por sí algo sencillamente imposible. (...) La consumación de la vida viene a ser como una magnitud vectorial: tiene dirección o sentido, se endereza a la posibilidad de valor reservada a cada individuo humano y en torno a cuya realización gira la vida» (cfr. Frankl, 1950).

Desde una perspectiva más filosófica, Zubiri (cfr. Rof Carballo, 1950) nos sugiere un buen fundamento en defensa de la libertad humana y en contra de este determinismo exigido por el principio del placer. «Si el mecanismo de las tendencias del hombre —escribe— fuera un ajuste y la adaptación una resultante de las tendencias, no es que la libertad no existiría, sino que no hubiera ocurrido nunca el fenómeno de la conciencia.

Precisamente porque el hombre existe como realidad inconclusa, por ser las tendencias inconclusas, porque no llevan por sí mismas a una respuesta, es por lo que queda abierta el área de mi intervención. En el momento en el que afloran a la conciencia, las tendencias no sólo tienden, sino que se presentan como una pretensión. La situación reclama que yo me haga cargo de ella, reclama mi intervención. ¿En qué consiste esta intervención, este reclamar? La intervención está exigida por las tendencias mismas. De una manera inicial y radical, análogamente a cómo el tener que resolver la situación emerge de estas tendencias. El reclamar una intervención mía es algo que está pedido exigítivamente por la estructura misma de las tendencias. La libertad está exigida por lo que no es libertad, esto es, por las tendencias.

No es exacto decir sencillamente que las tendencias se dejan gobernar por la razón. No es que las tendencias se dejen gobernar, sino que exigen que en un momento determinado el hombre ejecute estos actos por los que se gobierna... Es la estructura íntima de las tendencias quien abre la posibilidad de hacerse cargo de la situación, y, por tanto, del ejercicio de la libertad. Las tendencias exigen que el hombre intervenga, que el hombre sea libre».

Una vez descrito el principio del placer, como principio dominador de la conducta humana, Freud pasa a explicar un principio contrario: el *principio de la realidad*. La realidad deviene, en la pluma del primer psicoanalista, en «principio de la realidad» que resiste al hombre, rodeando con un cerco insalvable sus tal vez desmedidas necesidades y deseos.

En principio era el placer, el imperio del placer, según Freud. Más tarde, a partir del nacimiento, se va adquiriendo la realidad paulatinamente. Esta adquisición va teniendo mayor importancia a medida que se va creciendo, hasta lograr modelar la estructura del aparato psíquico. Los

sentidos, la conciencia, la atención, la memoria, las acciones motoras, e incluso el pensamiento, se constituyen al amparo del choque o encuentro —en su opinión—, con el principio de la realidad.

Apenas si escapa a su acción una parcela del aparato psíquico, el instinto sexual, que se independiza de este modelado, y cuyo único árbitro sería el principio del placer. A medida que el ser crece (y teniendo forzosamente que adaptarse a la realidad), *el principio del placer será sustituido por el principio de la realidad*. Probablemente este último principio logre imponerse y gane todas las batallas a excepción de una: la del instinto sexual.

Los distintos estratos de la personalidad se irán sometiendo al principio de la realidad, pero el instinto sexual —núcleo más vinculado al principio del placer— jamás podrá ser sometido.

Pero dejemos que nos explique el autor la génesis del «principio de la realidad». Dice así: «Sabemos que el principio del placer corresponde a un funcionamiento primario del aparato anímico y que es inútil y hasta peligroso en alto grado para la autoafirmación del organismo frente a las dificultades del mundo exterior. Bajo el influjo del instinto de conservación del yo, queda sustituido el «principio del placer» por el «principio de la realidad» que, sin abandonar el propósito de una final consecución del placer, exige y logra el aplazamiento de la satisfacción y la renuncia a alguna de las posibilidades de alcanzarla, y nos fuerza a aceptar pacientemente el displacer durante el largo rodeo necesario para llegar al placer».

La batalla establecida por Freud, exige la participación de los dos principios. Esta fortaleza que circunda a la persona —la realidad— aparece incluso cuando consideramos al hombre en su nuda soledad. Si se considera su condición social, los límites emergen de un modo todavía más transparente. El hombre no puede satisfacer ya el abanico imperioso de sus necesidades. Sus ambiciones biológicas están limitadas por un horizonte bastante restringido y modesto. Para satisfacer las necesidades más primitivas, el hombre ha de vencer las resistencias que le ofrece la realidad, a la vez que las derivadas y añadidas por el principio del placer que obra en su naturaleza.

La brutal resistencia de la realidad sometería a sí misma al principio del placer. El constreñimiento operado por aquella sobre éste, sería el vector determinante por el que se actuaría la razón en el hombre.

La oposición que la realidad hace al principio del placer, pone en razón al instinto. Y este «poner en razón» no significa otra cosa que el instinto pueda adaptarse a la misma realidad. La dimensión de lo razonable penetraría así, desde la realidad el instinto libidinoso y ascendería hacia lo psíquico, en donde realmente emerge la razón conocedora de la realidad.

Freud establece como sinónimos los conceptos de deseo e irracional (o no consciente), para luego enfrentar lo racional o consciente (la reali-

dad en tanto que cognoscible por la persona) con lo irracional o inconsciente (el deseo).

De otra parte, es preciso reconocer la presencia de deseos de los que el hombre es capaz de dar cuenta cumplida por hacerse cargo racionalmente de ellos (en cuanto que pensados racionalmente y libremente elegidos). Por eso, resulta inadmisibile esa división (entre lo racional y lo irracional, entre el deseo y la realidad), que estructura al hombre en compartimentos estancos.

Hay otros deseos en el hombre (por ejemplo, el de ser útil, ayudar a los demás, sacrificarse por otros, etc.) que, además de dar una mayor plenitud a la vida humana, contribuyen a dar sentido de su racionalidad y cuya vinculación a lo estrictamente erótico es inexistente.

Los hechos anteriores no son asumibles a no ser que se admita la presencia en la persona de una serie de vivencias propiamente espirituales que ejercen sobre ella una fuerte e inmediata atracción, superior incluso a aquellas otras emanadas desde la instintividad.

Que el hombre es capaz de vivir sin hacer de la libido la norma reguladora de su comportamiento es algo que, dado que es un hecho empírico y bien comprobado, resulta obvio. Y si esto es posible, no se explica —siguiendo los postulados freudianos— cómo pueda la persona alcanzar esos objetivos libidinosos y dejarse gobernar por ellos, sin sufrir ninguna perturbación (Polaino-Lorente, 1984).

Tampoco se explica, que el simple impulso libidinoso —por potente que sea o se le suponga—, pueda abrirse a la capacidad de conocimiento, a no ser a costa de desatender todos los principios lógicos conocidos.

Ahora bien, una realidad descrita y estructurada de esta manera, será siempre una realidad subjetivada que al reclamar para sí el puesto de principio racionante se alejará todavía más de lo que es propiamente real.

La realidad expresada en este principio freudiano no es más que el resultado de un continuo enfrentamiento, el resultado de —al menos teóricamente— una constante batalla llena de asperezas y afilamientos, cuyo propósito no es otro que hacer que la persona se instale en la «omnipotencia» de sus deseos, que pujan por ser satisfechos. Pero en un modelo así entendido, el hombre se desnaturaliza (se desrealiza, pierde densidad real) al quedar limitado y condenado a sólo sufrir pasivamente las influencias de la realidad (Polaino-Lorente, 1984).

Si la realidad es tan batalladora como Freud nos sugiere, y si se constituye como tal —en la medida que vence en el hombre el principio del placer—, cabe concluir entonces que esa realidad es imposible de subjetivar. Por el contrario, su objetividad se alcanzaría a base de conquistar ella misma al hombre, sujeto de su conocimiento. Esa realidad, no sería al fin conquistada por el hombre, sino conquistadora del hombre. Lo que sig-

nifica, con otras palabras, que la realidad sería el sujeto activo del conocimiento, mientras que el hombre quedaría reducido a mero objeto pasivo fecundado por ella, eso sí al precio de reprimir sus instintos libidinosos.

Admitiendo este proceso —se hace forzoso constatar la cosificación del sujeto, en tanto que sujeto cognoscente—, la concepción de la realidad en la psicología freudiana sería impositivamente subjetivada; subjetivada desde sí y desde el «afuera» del hombre.

¿No será tal vez, que el principio de la realidad, tal y como ha sido aquí formulado, acaba por configurar o «reinventar» cada una de las realidades posibles? ¿No será que la realidad reducida a mero principio, comparece entonces como una realidad subjetivada, precisamente desde los supuestos teóricos de su autor, y no desde el mundo en que consiste y asienta?

Una cosa se alcanza sin demasiado esfuerzo: la teoría psicoanalítica sobre la realidad, demuestra sobradamente que la realidad no es como la concibió su autor; sino que gracias a este modo artificial de concebirla, Freud pudo construir una teoría en la que la realidad, precisamente, quedaba encerrada en la formalización de un principio teórico, por otra parte no probado.

## 1.2. *El placer y el principio de realidad*

La satisfacción del placer —tal y como es presentada en la hermenéutica freudiana— es de suyo un tanto contradictoria. Al no serle dado al hombre de un modo gratuito la satisfacción de sus necesidades y deseos para conseguir la meta placentera, el hombre no tendrá más remedio que entregarse —venciendo dificultades ajenas (la realidad) y propias (la realidad que es él mismo)—, a lo que de él demande la radicalidad de su instinto.

El placer que el hombre busca es tan radical, según la tesis freudiana, que sólo cabe homologarlo con una felicidad a la baja. Pero de ésta, sin embargo, apenas se habla en la obra freudiana.

En consecuencia tenemos un *placer* (el que se posee en la situación inicial de que se parte) necesariamente coonestado con el *displacer* (esfuerzo) que supone llegar a satisfacer cualquier otro deseo concreto (el que se anhela poseer en la situación final). De aquí se infiere la existencia de la libertad humana —negada en el psicoanálisis ortodoxo—, al tener el hombre que elegir necesariamente entre uno y otro propósitos.

De aquí también que el placer como tal, no pueda ser el motor último de la conducta humana, al menos de la del hombre normalmente constituido. Además, de aceptar la persona la realidad del principio de la

realidad —como norma exclusiva para dirigir su conducta—, la persona misma habría de desentenderse de la realidad total y concreta, que sería sustituida por aquél. De ser esto cierto, el comportamiento humano no emergería desde la intimidad personal, sino desde la imposición de cierto *principio*, que tampoco se corresponde exactamente con ninguna de las realidades extramentales y del que apenas si hay referencia argumentativa o demostrativa alguna.

### 1.3. *Realidad y principio de la realidad*

La auténtica realidad no parece interesar a Freud, quien se ocupa sólo del supuesto «principio de la realidad». Pero conviene no olvidar que tal principio, aunque a su manera vinculado a la realidad, de hecho escapa a ella, y se comporta de forma extraña respecto de ella. Al hacer prevalecer el concepto de principio (raciocinante, inverificable e indemostrado) sobre el de realidad, tal principio deja de ser real, porque queda sin fundamento o apoyo alguno en lo que es real.

Quiero decir con esto que la realidad del «principio de la realidad» no coincide ni puede superponerse con la verdad connotada por dicho principio. En síntesis, que *la realidad del principio no se convierte con el principio de la realidad*.

El arranque de la tesis freudiana, por otra parte, no procede del análisis (*a posteriori*) de la realidad humana, sino que emerge del *a priori* de su «principio del placer», del que ha sido derivado. Su determinación no está vinculada con la realidad misma, tal y como se da al hombre y en el hombre, sino precisamente desde ese *a priori* (en modo alguno evidente) de la concepción del hombre, que dice apoyarse en el «principio del placer».

El entramado del mencionado principio apenas si permite ser estudiado, por carecer de suficiente fundamento. El estudioso llega aquí a la convicción de que lo real, en cuanto que nos es dado, es sustituido por otra clase de realidad: aquella que las hipótesis psicoanalíticas nos imponen desde su personal subjetividad configuradora.

### 1.4. *Apertura cognoscitiva y principio de la realidad*

Para conocer resueltamente la realidad se necesita una cierta apertura en el horizonte del ser humano, un horizonte en el que pueda darse y tenga cabida la conciencia de la finitud e insuficiencia personales (algo que no va en absoluto contra la propia naturaleza sino que, por el contrario, es lo que hace justicia a su modo de conocer). El modo natural del

ser exige —para poder conocer la realidad— una cierta autoconciencia de la lejanía e impenetrabilidad de la realidad no subjetivada: esto es, un cierto saber que no sabemos.

Desde un horizonte así podremos lograr la atenta contemplación de las realidades circundantes y su desvelamiento, sin necesidad de convertir ese escenario en la batalla campal entre la realidad y el placer, entre la realidad y los deseos insatisfechos, como sugiere Freud. Si esta lucha llegara a establecerse, sería entonces precisamente cuando se haría presente lo pasional, enemigo tantas veces de la razón.

Acaso la auténtica posición que autoriza el encuentro del hombre con la realidad es la del *homo generositatis*, por cuanto que permite el acto de conocimiento, en el que además de rebasarse a sí mismo el sujeto cognoscente —al no depender la satisfacción de sus deseos de la realidad alcanzada—, le sitúa en el escenario más conveniente para ese definitivo encuentro cognoscitivo. El camino propuesto por el freudismo, en cambio, usurpa el ser a la realidad, en tanto que reviste la realidad alcanzada con el manto soberbio y subjetivado del «para-mí» (del poseedor-de-cosas) a fin de satisfacer la «necesidad» de sus deseos.

Cuando la entera realidad se antropomorfiza libidinosamente, entonces deviene en algo irreal, impidiéndosele, precisamente por su irrealidad, la posibilidad de ser conocida.

La única persuasión que cabe es la de dejarse poseer por la realidad mediante una contemplación atenta, respetuosa y cuidadosa de ella. Tratar de poseer la realidad a «golpe de instinto», es no acogerla por el sujeto cognoscente ni dejarse penetrar por ella. En ese caso, nada de particular tiene que la realidad se aleje huidiza de quien la observa y que, en el mejor de los casos, sólo abandone en manos del usurpador la envoltura subjetivada con que éste previamente trató de enmascararla.

### 1.5. *La realidad y la observación de lo real*

Por otra parte, la realidad observada es modificada de modo incesante por quienes la observan, tanto más si se trata de una realidad psicológica.

Karl Friedrich von Weizsaecker, se adelantó a este problema muchos años atrás, al comprobar que sus instrumentos de medida, aplicados a la física atómica, interferían la misma naturaleza de los hechos observados.

Y si esto acontece en el ámbito de la física, ¿será posible afirmar que en el «método» psicoanalítico no suceda este fenómeno de un modo mucho más amplificado? Cualquier metodología que use de la interacción psicológica de persona a persona, lo que el observador cree registrar como

realidad no es otra cosa que la dinámica, vertiginosamente cambiante, de la relación observador-observado, que está acaeciando.

Algunos psicoanalistas reclamaron para sí el título de investigadores neutrales, en tanto que, según ellos, estaban no comprometidos con cualquier presupuesto axiológico. Ahora bien, esta postura de descompromiso y fingida asepsia, ¿acaso no supone ya contraer un cierto compromiso? ¿un cierto compromiso tal vez con la pretendida y no demostrada asepsia? Además, por mucho que el investigador renuncie a comprometerse con determinados valores, nunca podrá renunciar a su personal actitud interpretadora, en función del ámbito específico donde haya trascendido su formación como analista, de la etapa sociocultural en que vive o de su personal *Weltanschauung*.

Medard Boss (1959), un psicoanalista de reconocido prestigio, lo afirmó de un modo diáfano: «En la base de toda ciencia hay siempre una concepción del mundo, una *Weltanschauung*, una idea, aunque vaga, de la naturaleza de las cosas. Todas las conquistas científicas ulteriores no hacen más que diferenciarlas y precisarlas. Y nunca una *Weltanschauung*, es el resultado secundario, objetivo, de una ciencia sin *a priori*».

Jaspers (1966) ha penetrado muy bien en lo que aquí se dice al escribir lo que sigue: «El pensamiento próximo de que lo psíquico es el dominio de la comprensión y lo físico el dominio de la explicación causal, es falso. No hay ningún proceso real, sea de naturaleza psíquica o física, que no sea accesible en principio a la explicación causal; también los procesos psíquicos pueden ser sometidos a la explicación causal. El conocer causal no encuentra jamás sus límites. En todas partes preguntamos, también en los procesos psíquicos, por las causas y los efectos. La comprensión, en cambio, encuentra fronteras en todas partes. En la confusión de las relaciones comprensibles con las relaciones causales se basa la inexactitud de la pretensión freudiana de que en la vida psíquica, todo proceso sea comprensible (determinado con sentido). Sólo se mantiene la exigencia de la causalidad ilimitada, no la pretensión de comprensión ilimitada».

Está claro y ha sido probado aquí que tanto el principio del placer, como el de la realidad, no acaban de encontrar una apoyatura realista, ni filosófica ni tampoco científica. Los resultados experimentales logrados en estas dos últimas décadas, así lo atestiguan con una radicalidad todavía mayor (Polaino-Lorente, 2003).

## 2. La topografía de la conciencia

Los elementos que integran y configuran la personalidad, según Freud, son de dos clases: de un lado, el relativo a lo que podría denominarse como

consideración topográfica de la personalidad; de otro, los elementos estrictamente estructurales que la configuran. De la primera parte me ocuparé en este epígrafe, y de la segunda en el siguiente.

Aunque todavía pueda causar a algunos una cierta extrañeza, para Freud la conciencia tiene una función muy limitada y casi reducida a un mero órgano sensorial para la percepción de las cualidades psíquicas, tal y como la describe en *La Interpretación de los sueños*. Freud da, desde esta perspectiva, un mentís rotundo a lo que hasta entonces se había venido considerando que era el ser humano.

La persona, según Freud, no es el ser capaz de conocerse a sí mismo, entre otras cosas porque con sólo la mera conciencia no puede conocerse nadie a sí mismo, dado el ámbito muy restringido a que ésta ha sido reducida en su teoría. El autor dará un mayor énfasis a otras dos instancias —preconsciente e inconsciente— que están en relativa interacción con la conciencia, dotadas de una mayor capacidad para almacenar ciertos contenidos, desde los cuales se determina el comportamiento personal.

Freud distingue entre conciencia, preconsciente, e inconsciente, los tres sistemas que se concitan en la topografía de la personalidad postulada por su teoría. De ellos, el más importante con mucho, el que tiene una función determinante de la mayor parte de los actos humanos es, desde luego, el *inconsciente*. Le sigue a continuación en orden de importancia lo *preconsciente*, que tal vez por su proximidad a la conciencia la función que se le atribuye en esta topografía de la personalidad es también más restringida. Y, en último lugar, la *conciencia* a la que apenas si le presta atención.

En todo caso, con anterioridad a Freud, otros autores habían tratado ya del tema de lo inconsciente. Sin embargo, éstos lo plantearon desde un horizonte muy distinto al freudiano, aunque relacionándolo también con la interpretación y el significado de los sueños. Antecedentes literarios del inconsciente pueden rastrearse a todo lo ancho de la literatura universal. Por poner un solo ejemplo, hay referencias explícitas al inconsciente en la segunda parte del *Fausto* de Goethe.

En al ámbito de la filosofía, el autor más destacado en relación con este tema es, sin duda alguna, Schelling, cuya influencia será decisiva en los autores románticos alemanes del siglo XIX. Uno de estos herederos románticos, Von Hartman, retomó este término, publicando en 1869 una monografía sobre la filosofía del inconsciente. No obstante, en el ámbito de la psicología hay valiosos antecedentes también acerca de este problema. Corresponde a K. G. Carus el mérito de haber sido el pionero más relevante en las indagaciones filosóficas relativas al inconsciente, tal y como puede apreciarse en sus obras *Vorlesungen Über Psychologie* (1831) y *Psyche* (1846).

Lo mismo puede afirmarse respecto de la interpretación de los sueños, cuestión afrontada por Hervey de Saint-Denis en la obra que publicó en 1867.

Desde la perspectiva neurofisiológica, los problemas del sueño y su interpretación aparecen enlazados con el estudio de la hipnosis, postulándose algunas hipótesis por autores como Burdach (*Fisiología como ciencia experimental*, 1830), Burkinje (1846), Besterev (1880) o Fosel (1889), por sólo citar a algunos de los más emblemáticos.

Por último, corresponde a Breuer el honor de ser el autor más decisivamente influyente en las aportaciones realizadas por Freud, hasta el punto de que sería muy difícil atribuir a quién pertenece la autoría de tales hipótesis, dado que ambos autores realizaron una publicación conjunta bajo el título de *El mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos* (1893-1895), publicación que enseguida originó una fuerte polémica entre ellos hasta llegar incluso a la interrupción de sus relaciones.

El tema de lo *inconsciente* surge en Freud vinculado a la explicación del fenómeno de la represión, de la que me ocuparé en el último epígrafe de este capítulo. Por el momento es suficiente con invitar al propio autor para que nos explique lo que entiende por *represión*. «La esencia de la represión —escribe Freud— no consiste en suprimir y destruir una idea que representa al instinto, sino en impedirle hacerse consciente. Decimos entonces que dicha idea está en un estado de ser «inconsciente» y tenemos pruebas de que, aun siéndolo puede producir determinados efectos, que acaban por llegar a la conciencia» (*Obras completas*, tomo II, p. 2061).

La capacidad del *inconsciente* según su autor, es casi ilimitada, tanto que la conciencia se convierte en un mero apéndice de lo inconsciente. Represión e inconsciente no se superponen; el segundo contiene al primero, además de otros muchos contenidos.

«Todo lo reprimido —continúa Freud—, tiene que permanecer inconsciente; pero queremos dejar sentado desde un principio que no forma por sí solo todo el contenido de lo inconsciente. Lo inconsciente tiene un alcance más amplio, lo reprimido es, por tanto, una parte de lo inconsciente» (p. 2061).

Pero lo reprimido no se extingue con la represión, sino que sigue bullendo en el ámbito de lo inconsciente sin pasar a la conciencia. Si un contenido reprimido se hiciera consciente y fuera asumido por la conciencia, encontraría solución como tal pulsión y dejaría de ser algo reprimido. Pero lo reprimido no puede pasar de lo inconsciente a la conciencia, porque entre ambos hay una «censura» que lo evita.

La función de esa *censura* consiste precisamente en impedir que los deseos e impulsos o representaciones reprimidas se hagan conscientes. Porque de hacerse conscientes —es decir de emerger en esa topografía de

la personalidad en que el sujeto es consciente de sus actos— la persona se angustiaría, puesto que la mayoría del material reprimido es conflictivo.

Los contenidos inconscientes no son pues accesibles a la conciencia, al menos de un modo inmediato y espontáneo. La mayoría de ellos sufren *transformaciones* —eso es lo que acontece, por ejemplo, durante el sueño—, que les permite no ser identificados por la *censura*. Solo así pueden atravesar ésta y albergarse en lo *preconsciente*, para desde allí, mudarse —en tanto que representaciones disfrazadas de los deseos insatisfechos— y salvar una *segunda censura*, la que separa lo *preconsciente* de la *conciencia*.

Sólo recorriendo este dificultoso y largo camino, desde lo inconsciente a la conciencia, es como los contenidos reprimidos logran hacerse presentes a ésta última. Esto supone, en definitiva, satisfacer el deseo que estaba reprimido y que de esta forma al menos se libera —a veces, en forma de catarsis— y logra su objetivo de alcanzar cierta satisfacción, lo que hace que se extinga la ansiedad que generaba el anterior contenido reprimido.

Los contenidos mentales inconscientes no suelen modificarse con el pasar del tiempo como tampoco son almacenados según un cierto orden. Por eso, precisamente, hay que *analizar los sueños*: El análisis de los sueños constituye el más importante procedimiento propuesto por Freud en la terapia psicoanalítica, una vez que advirtió sus escasas dotes y su fracaso como hipnotizador.

Durante el sueño los contenidos reprimidos son disfrazados, por lo que pueden salvar mejor la censura y, de alguna manera, hacerse presentes a lo preconsciente.

Los *contenidos preconscientes*, por el contrario, tienen un acceso más fácil a la conciencia y hasta cierto punto la persona dispone de más grados de libertad para su manejo y resolución. Los contenidos preconscientes pueden ser reproducidos o evocados por el sujeto con más facilidad que los inconscientes. Entre otras cosas, porque suelen estar vinculados con ciertas representaciones verbales, que a su vez estaban intensamente unidas a las percepciones conscientes. Se diría que la *censura* que separa lo preconsciente de la conciencia está también mucho más debilitada y es, por tanto, más permeable y «osmótica» que la censura que separa lo consciente de lo preconsciente.

Hay también otra diferencia entre ellos: los *contenidos mentales inconscientes* se atienen a las leyes que regulan los así llamados «procesos primarios», mientras que los contenidos preconscientes siguen las leyes de los «procesos secundarios».

Se diría que esta topografía de la personalidad anclada en la conciencia, de que parte Freud, constituyó una de sus principales y primeras he-

ramientas para tratar de desvelar los intrincados tejidos de que se componen los sueños, los actos fallidos, el fenómeno del olvido, los chistes y las neurosis. El autor insiste en ello cuando trata independientemente de cada uno de estos temas, aunque una exposición más sistemática de todo ello sólo se encuentra en una de sus obras, la que lleva por título: *Lo inconsciente*.

Aunque sólo fuere para percatarnos de la importancia que Freud concede a lo inconsciente, considero que es pertinente citar aquí el siguiente fragmento redactado por Freud el año 1923: «la hipótesis de la existencia de procesos psíquicos inconscientes, el reconocimiento de la teoría de la resistencia y de la represión, la valoración de la sexualidad y el complejo de Edipo, son los contenidos capitales del psicoanálisis y los fundamentos de su teoría y quien no los acepta en su totalidad no debe contarse entre los psicoanalíticos». Este texto se encuentra en la colaboración que hizo el autor a un manual de sexualidad con el título de «Psicoanálisis y teoría de la libido».

Naturalmente la mayor parte de la conducta humana, según Freud, está determinada por los contenidos reprimidos que asientan en el inconsciente, lo que en cierto modo anula y sustituye a la libertad humana. Si nuestro comportamiento está determinado por contenidos que no pueden alcanzar nuestra conciencia, ¿cómo es posible que las personas se sientan responsables de lo que hacen? ¿de dónde les viene esa responsabilidad? ¿cuál es su fundamento?

El error de Freud, en mi opinión, no reside tanto en defender la existencia del inconsciente como en la interpretación exclusivamente materialista que hace de él, así como en vincularlo a la represión y la censura, conceptos éstos que parece haberlos tomado de casos patológicos relativos a la sexualidad humana.

«El inconsciente se nos presenta como un universo de etérea energía cuyo «nódulo» está constituido por representaciones de instintos que aspiran a derivar su carga, o sea, por impulsos de deseos (...) que se hayan coordinados y coexisten entre sí, sin influirse ni contradecirse unos a otros (...); en el sistema inconsciente no hay sino contenidos más o menos energéticamente caracterizados (...), esos contenidos están sólo sometidos al principio del placer, y su destino depende de la medida en que satisfacen las aspiraciones comenzadas por el placer y el displacer» (p. 2073).

Tal y como el lector puede haber observado todo es aquí energético, a la vez que indeterminado y volátil e íntimamente vinculado al placer sexual. Hay, según parece, una «cadena de elementos contradictorios, por cuya virtud los procesos inconscientes se hayan coordinados pero no se influyen entre sí; son incognoscibles, pero el autor sabe de ellos hasta las inextricables ultimidades de su naturaleza; son intemporales al mismo

tiempo que procesuales; insubordinables a la realidad exterior pero subordinados a la realidad psíquica del instinto y la necesidad; incondicionados pero simultáneamente dependientes y sometidos al principio del placer; espacializados y tópicos y simultáneamente intemporales» (Polaino-Lorente, 1981, p. 144).

Nada de particular tiene que en una perspectiva como la aquí adoptada, la conciencia humana no tenga cabida. «El psicoanálisis —escribe Freud— no ve en la conciencia la esencia de lo psíquico sino tan solo una cualidad de lo psíquico, que puede sumarse a otras o faltar en absoluto (...) Existen procesos o representaciones de gran energía que, sin llegar a ser conscientes pueden provocar en la vida anímica las más diversas consecuencias, algunas de las cuales llegan a hacerse conscientes como nuevas representaciones» (pp. 2701-2702).

En esta teoría acerca de la topografía de la conciencia hay mucho misterio y demasiadas lagunas, por lo que es muy difícil de asumir. No se entiende, por ejemplo, cómo el autor pueda haber hecho consciente su propio inconsciente a expensas sólo de su propio autoanálisis, tanto más cuanto que la teoría expuesta por él no está vinculada, a lo que parece, a conflictos ni traumas sexuales, hecho que al menos la pondría en cuestión.

De otro lado, al reducir la conciencia humana a lo que no es —un epifenómeno de lo inconsciente—, resulta inexplicable y casi imposible de entender y justificar el comportamiento de la mayoría de las personas, que sí son conscientes de la mayoría de sus comportamientos.

Además, el autor omite y silencia la capacidad que tiene la conciencia de ser consciente de ella misma. La persona humana tiene conciencia de que tiene conciencia, pero de esta «superconciencia» nada se menciona en ninguno de los textos del autor, sino que se le condena apenas al silencio. Esto constituye un flaco servicio al estudio de la personalidad, puesto que si la persona no es consciente de lo que piensa, siente y hace, es casi imposible que se le pueda considerar una persona *qua talis*, en cuanto tal.

De otra parte, la experiencia de la propia conciencia es un hecho empírico —desde luego cuestionable en muchos de los aspectos que todavía hoy nos resultan desconocidos—, pero imposible de negar. El término conciencia procede del latín, *cum-scientia*, con-ciencia, y denota una función imprescindible para cualquier conocimiento por modesto que éste sea, puesto que está en el origen mismo del acto de conocer y de cualquier actividad científica.

El primer acto científico que la persona puede realizar es, sin duda alguna, el de percatarse, el de tomar conciencia de algo. Sin ello nada puede ser conocido ni elegido ni deseado, ni tan siquiera objeto de atracción por parte de los instintos.

### 3. La estructura de la personalidad

La topografía de la conciencia introducida por Freud no alcanzó a ser suficiente para explicar las neurosis y los procesos psicológicos que están en su base. Es conveniente afirmar que las indagaciones freudianas se dirigían más al estudio de los procesos que a la descripción de los síntomas, lo que es muy de alabar. Este modo de proceder no era lo común en la práctica de la ciencia de su tiempo, por lo que de haberlo conseguido hubiera podido contribuir de forma importante al desarrollo de la ciencia en su tiempo.

Pero con solo la topografía introducida por él era imposible dar cuenta de los complejos procesos psíquicos que se había propuesto desvelar. En cierto modo, a esa topografía —una discutible colección de funciones relativas a los fenómenos psíquicos—, le faltaba algo: una estructura que necesariamente habría de interpelar a la personalidad.

Es cierto que antes de afrontar cuál fuera esa *estructura de la personalidad*, el autor apeló a otros «mecanismos», como la *censura* o la *represión*, para tratar de explicar el comportamiento humano. Pero tampoco con esos recursos pudo esclarecer algunas cuestiones relevantes como la naturaleza de los impulsos que son reprimidos, las directrices de las que depende el que un fenómeno sea inconsciente o no, el origen de la censura y de la represión, así como el modo en que los instintos y deseos insatisfechos pueden modular la personalidad.

La exposición de la estructura de la personalidad la acomete Freud en una publicación que lleva por título *El Yo y el Ello* (1923). Freud distingue tres instancias principales en la personalidad: el Ello o *Id*, el *Ego* o Yo y el *Super Ego* o Super Yo.

Su punto de partida es que en el momento del nacimiento, la personalidad todavía no está constituida como tal consistiendo en apenas un limitado número de instintos muy elementales que pugnan por ser satisfechos. Naturalmente, el niño en esa etapa de la vida no tiene conciencia de casi nada, a pesar de que esté abierto al mundo a través de la percepción.

En el esbozo emergente de la personalidad inicial es donde Freud situará los impulsos instintivos, denominando con el término de *Ello* o *Id* a este elemento básico de la estructura de la personalidad. En principio, supone que el *Ello* lo llena todo puesto que la personalidad a la que pertenece está en estado naciente. Y por supuesto, en ella no hay sino oscuridad, puesto que el niño no se hace cargo ni de sus instintos ni de la satisfacción o no de ellos.

Esto quiere decir que *lo constitutivo del Ello* son sólo los impulsos instintivos, sin que éstos sean dirigidos por ninguna conciencia y, por

consiguiente, desde allí únicamente se puede organizar un comportamiento sin control, ciego e irracional.

El *Ello* es donde se instala en este estadio inicial la *libido* y la *agresividad*. En el *Ello* impactan las oscuras y escasas percepciones externas del niño como también sus percepciones internas. Unas y otras pueden causar en él insatisfacción y placer, agrado y desagrado, comodidad o incomodidad, las cuales pueden ser acentuadas o aliviadas y constituyen un apretado elenco de sensaciones muy intensamente vinculadas a las emociones infantiles, capaces de suscitar confusas e inextricables cogniciones.

En el *Ello* también residen los *sentimientos elementales básicos* como la seguridad y otros impulsos heredados y/o innatos. El comportamiento del niño en esta primera etapa de la vida busca la gratificación inmediata de los impulsos que están integrados en esa estructura del *Ello*, que es la más antigua del aparato psíquico humano.

Ahora bien, muchos de los impulsos que el niño busca satisfacer no alcanzan su objetivo, lo que le produce insatisfacción. Esto demuestra que sus impulsos no son omnipotentes y que en ocasiones son frustrados o reprimidos por circunstancias o personas ajenas a él. Se organiza así otro tipo de percepciones que condicionan la emergencia de una nueva estructura del aparato psíquico que es el *Yo*.

Tal vez por eso, Freud defina el *Yo* de formas muy diversas y complementarias entre sí a lo largo de sus escritos: «el *Yo* es el ente que emana del sistema perceptivo y el *Ello* es todo lo psíquico restante e inconsciente»; «el *Yo* es la parte del *Ello* que ha sido modificada por la proximidad y la influencia del mundo exterior, que está dispuesta para percibir los estímulos y servir de protección contra ellos»; «el *Yo* es una estructura que actúa como mediadora entre el *Ello* y el mundo exterior».

Con la aparición del *Yo* el dominio de la vida instintiva se fractura. El niño va descubriendo que, además de sus impulsos instintivos, hay una nueva realidad —la que determina que aquellos se satisfagan o no— a la que hay que adaptarse. Esa *adaptación* es la que obra la transformación del *Ello* y la emergencia del *Yo*, a través del cual el niño se relaciona con el mundo.

Pero además de las percepciones externas el niño dispone también de percepciones internas, algunas de ellas muy desagradables como el dolor, el hambre, la incomodidad, etc., que también reobran sobre el *Ello* y condicionan la aparición del *Yo*.

Una de las funciones principales del *Yo* es la de la conservación de la persona. El niño comienza así su proceso de aprendizaje, consistente en esta etapa en evitar los estímulos que le producen displacer y que conserva en la memoria, y en tratar de modificar mediante su conducta el mundo exterior adaptándolo a la satisfacción de sus impulsos.

El niño aprende también a reprimirse puesto que por tanteo descubre cuándo, cómo y por quién son satisfechos o no sus impulsos. Así descubre en qué circunstancias estos no serán satisfechos y, en ese caso, él mismo trata de reprimirlos adaptándose así a la demora de las gratificaciones a las que aspira. Decididamente, todo lo que no le produce placer le produce tensión —una manifestación muy primitiva y cercana a la angustia—, que tratará de aliviar bien reprimiendo sus impulsos o bien adaptándose a la realidad.

El Yo así resultante es una instancia derivada del Ello que sólo en el transcurso de la vida se irá independizando de él. Pero ya desde sus orígenes habrá un permanente enfrentamiento entre el Ello y el Yo.

Al inicio, Freud concibió su teoría acerca del Yo sin atribuirle ninguna capacidad para la represión y, por tanto, desvinculándolo de la neurosis. Pero más adelante reparó en que se generaban *conflictos* entre estas instancias del Yo y del Ello, así como también entre el Yo y la realidad; conflictos que estaban relacionados con el *comportamiento neurótico*.

No obstante, Freud atribuye al Yo numerosas funciones que todavía no habían emergido cuando sólo el Ello dominaba la estructura de la personalidad. El Yo se presenta como la instancia de la personalidad que organiza y hace coherentes a los procesos psíquicos; que decide la motilidad y el modo en que el niño responde a las excitaciones del mundo exterior; que juzga los procesos que acontecen en el propio ser; que reprime aquellos impulsos, cuya insatisfacción genera displacer; en una palabra, el Yo es la estructura del aparato psíquico más vinculada a la conciencia y que mejor representa en este estadio a la razón y a la cordura.

Pero también del Yo dependen los «mecanismos de defensa», de los que me ocuparé más tarde, que no son otra cosa sino estrategias empleadas por el Yo ante las presiones instintivas. Precisamente como el Yo no es consciente de estos mecanismos de defensa, parece lógico que una porción del Yo fuese considerada por Freud como inconsciente.

De este modo, los conflictos neuróticos pueden tener lugar en el escenario que les ofrece incluso el propio Yo, independientemente considerado, al superponerse esta estructura sobre los tres ámbitos de la topografía de la conciencia.

Esto quiere decir que el Yo es en parte consciente, preconsciente e inconsciente y que, por consiguiente, en esta misma estructura del aparato psíquico pueden suscitarse conflictos que determinarán el futuro comportamiento neurótico.

Más problemáticas aparecen, según Freud, las relaciones entre el Ello y el Yo. El autor atribuye al Ello al aporte energético que necesita el Yo. El autor se sirve de la metáfora del jinete y la cabalgadura para explicar estas relaciones. El Yo es el jinete cuya función consiste en dirigir y guiar

—frenar o estimular— la cabalgadura hacia donde el Yo desea ir; pero quien recorre el camino adonde el Yo quiere ir es el Ello.

En ocasiones, el jinete es llevado por la cabalgadura adonde no quiere (el Yo es arrastrado por los impulsos del Ello); pero otras veces es la cabalgadura la que conduce al jinete adonde éste no desea ir (el Yo es arrastrado por los impulsos del Ello). Esto significa que el Yo aparece como una instancia mediadora entre las fuerzas del Ello —determinadas por el principio del placer— y las fuerzas que la realidad le impone —determinadas por el principio de la realidad—.

El Yo y el Ello aparecen en cierto modo fundidos —puesto que el primero es apenas una parte derivada del segundo— y en parte disociados y con capacidad suficiente como para que se generen conflictos entre ellos.

La comunicación entre el Ello y el Yo es muy fluida aunque en ocasiones se produzca de modo inmediato y otras veces a través de una tercera estructura mediática, que estudiaremos a continuación que es el *Super Yo*. El Yo también se relaciona con la realidad frente a cuyos imperativos ha de defenderse, a fin de no tener que padecer el displacer ocasionado por ella. El Yo tiene más recursos para defenderse y protegerse de la realidad exterior que de los impulsos provenientes del Ello.

Consideremos ahora la tercera instancia de esta estructura de la personalidad: el *Super Yo*. A lo largo del desarrollo de la personalidad emerge una tercera estructura, el Super Yo, una estructura ésta que procede de una transformación de parte del Yo y de la realidad. En la génesis del Super Yo se presentan como decisivas las interacciones entre el niño y sus padres, de quienes, en esta etapa de la vida, depende casi de modo absoluto.

Esa interacción entre el niño y sus padres abarca un conjunto muy amplio de relaciones como el contacto físico, las prácticas de crianza, la comunicación gestual y verbal, la percepción y expresión de emociones, la mayoría de los aprendizajes, etc.

El Super Yo se construye también con los comportamientos que el niño observa, las normas a que es sometido, los usos y tradiciones de la familia, las prohibiciones de los padres, los premios y castigos y todo ese extenso abanico de circunstancias que median su proceso educativo. Es decir, la realidad se impone y hace presente al Yo y al Ello y contribuye a que emerja el Super Yo.

A fin de que el niño pueda evitar los conflictos, éste se va apropiando de las conductas sancionadoras o gratificantes de sus padres —que va incorporando al Super Yo— y con las cuales acaba por identificarse. Freud estima que la elaboración y desarrollo del Super Yo alcanza hasta los cinco años de edad.

En la medida que el Super Yo se va desarrollando aparecen en el niño los primeros juicios de valor, unos juicios éstos con los que el niño se juzga a sí mismo, es decir juzga el comportamiento realizado por el Yo.

A la estructura del Super Yo se añaden también todas aquellas pautas y estilos comportamentales que constituyen el legado cultural y el peso de las tradiciones del mundo en que el niño vive. La observancia de muchas de estas pautas entra, lógicamente, en conflicto con las tendencias impulsivas del Ello y con los deseos del Yo, con los que a la postre ha de enfrentarse el Super Yo, además de con la realidad. En el Super Yo anidan también las identificaciones parciales o globales que el niño ha hecho respecto de sus padres y de otras figuras de apego (cfr. Vargas y Polaino-Lorente, 1996).

En fin, que el Super Yo aparece como la instancia del aparato psíquico que emergiendo del Yo juzga la totalidad del comportamiento propio, según la imagen ideal que de sí mismo se ha formado, por vía de interiorización, y con la que el Yo se ha identificado.

La proyección del Superyo sobre la topografía de la conciencia, tal y como Freud lo postula permite distinguir en él partes adscritas a la conciencia, lo preconsciente y lo inconsciente, lo que asegura de una parte la comunicación entre estas tres instancias simultáneamente que la posibilidad de que se generen conflictos entre ellas.

Lo propio del Super Yo, según Freud, es supervisar, juzgar y criticar las actuaciones del Yo. Pero, al mismo tiempo, el Super Yo está abierto a los impulsos del Ello que también recibe información y también a su modo juzga, antes incluso que el Yo. Estas interacciones son las que, según Freud, estarían en el origen de la *culpabilidad* (Polaino-Lorente, 1991), del *miedo*, de la *vergüenza*, etc., experiencias de las que el Yo ha de defenderse porque suelen ir acompañadas de una cierta angustia que se experimenta como amenaza.

Desde esta perspectiva, el Super Yo se relaciona con la realidad (especialmente en el ámbito de lo normativo) y con el Yo y el Ello. En tanto que abierto a la realidad, el Super Yo es donde, según Freud, asienta la *moralidad* y sus exigencias. Y como el Super Yo domina al Yo, muchos de los impulsos y deseos de este último son reprimidos desde aquel, dando origen a los *conflictos neuróticos*.

Para Freud, una *personalidad equilibrada* es la que se defiende o sabe adaptarse a las exigencias del Yo, a cuyos dictados logra no temer, al mismo tiempo que reconoce los impulsos del Ello y los somete, a la vez que se adapta a la realidad.

#### 4. El desarrollo evolutivo de la personalidad

No deja de ser curioso que el desarrollo evolutivo de la personalidad, según Freud, haya sido jalonado en diversas etapas, todas ellas vertebradas de forma paralela a como el autor supuso que evoluciona el instinto sexual. Ello pone de manifiesto la relevancia que concede el autor al placer, entendido éste más como una manifestación de la libido que del impulso sexual vinculado a la genitalidad.

Otra cuestión relevante en este punto, que puede parecer un tanto paradójica, es que las etapas concebidas por Freud al describir el proceso evolutivo de la personalidad se circunscriban a sólo la corporalidad o, por mejor decir, a ciertas áreas de la economía corporal: las vinculadas a la genitalidad.

Freud distingue, las siguientes etapas: la etapa *oral*, la *sádico-anal*, la *fálica*, la de *latencia* y la *genital*.

La *etapa oral* es la fase en la que el niño satisfaría sus impulsos a través de la boca, donde el autor residencia la fuente de placer. Esta etapa, según Freud, abarca los 18 primeros meses de la vida.

Es cierto que la boca es una de las áreas corporales de más frecuente uso por parte del niño al principio de la vida. Su relevancia es clara puesto que el niño ha de ser alimentado por vía oral, y es preciso reconocer, que la satisfacción del hambre, mediante la pertinente alimentación, genera una buena dosis de placer. Como por otra parte, la alimentación del niño suele realizarse a través del pecho de su madre y el pecho es considerado como una importante zona erógena, parece clara la inferencia, además de la ambigüedad que el autor hace de la oralidad, que da título a esta etapa.

En realidad, la hermenéutica freudiana ha logrado llevar a cabo una cierta síntesis entre la boca del niño (vía empleada para la alimentación) y el pecho de la madre (instancia nutriente, simultáneamente que zona erógena); entre la satisfacción generada en el niño por la alimentación (satisfacción alimentaria) y la satisfacción que le produciría el contacto bucal con el pecho de su madre (satisfacción sexual o de la libido).

La síntesis freudiana de esta etapa podría estudiarse también respecto de la madre, en la que cabría confundir los dos significados con que Freud juega al hablar de libido, oralidad o satisfacción en el hijo: la satisfacción que como madre que alimenta a su hijo experimenta (satisfacción maternal) y la satisfacción que podría experimentar como mujer que percibe el contacto de los labios de alguien en su propio pecho (satisfacción libidinosa o/y erótica). Sin embargo, sobre este particular muy poco o casi nada tiene que decir.

En el hijo, en cambio, sí que lleva el análisis hasta sus últimas consecuencias y con la mayor radicalidad posible. Pero, en realidad, aquí como en otros muchos lugares de la obra freudiana, se apela a un lenguaje equívoco, sustentado sobre dos figuras: la polisemia y la sinonimia.

Mediante la *polisemia* de que se vale el autor, la palabra satisfacción denota varias realidades: la satisfacción del hambre y la satisfacción libidinosa del niño. Mediante la *sinonimia*, se emplean varias palabras diferentes para denotar una misma realidad. De ambas se usan con generosidad excesiva en las publicaciones freudianas.

Tal vez la *sinonimia* merezca una atención especial (confrontar Ferrater Mora, 1979, a quien aquí seguiremos). Aristóteles clarificó algunas de las nociones que habían sido investigadas por los sofistas y por Platón (en el *Protágoras*, por ejemplo, donde se pregunta por las diferencias entre «querer» y «desear»). Aristóteles distinguió entre cosas «homónimas», «sinónimas» y «parónimas». Se habla de cosas «homónimas» cuando sólo el nombre aplicado a ellas es común, pero, en cambio, el concepto o término mental aplicado a ellas es diferente. El concepto de «homónimo» está en el origen mismo del concepto de equívoco. Se habla de cosas «sinónimas» cuando llevan el mismo nombre en el mismo sentido. El término «sinónimo» designa a la vez la comunidad de nombre e identidad de función y está en el origen del concepto de unívoco. Se habla de cosas «parónimas» cuando siendo distintas en el caso, reciben su apelación según su nombre. El concepto de «parónimo» está en el origen del concepto de denominativo.

Para Leibniz, dos términos son sinónimos si uno puede ser sustituido por otro en un enunciado sin alterar la verdad del enunciado. Dos formas lingüísticas son sinónimas cuando pueden intercambiarse en todos los contextos sin cambiar su valor de verdad, «la intercambiabilidad *salva veritate*» para emplear la expresión de Leibniz. Al menos desde el punto de vista de asegurar la verdad de la sinonimia cognoscitiva, «la intercambiabilidad *salva veritate*», parece ser una condición suficientemente rigurosa que sale garante de ella.

Desde la perspectiva de la semántica, según Goodman, dos predicados tienen la misma significación si se refieren a la misma esencia real, es decir, si se aplican a las mismas cosas y si tienen la misma extensión; dos términos tienen la misma significación si se refieren a la misma idea o imagen mental, o si corresponden al mismo concepto.

En el texto freudiano, no hay tal empleo de sinónimos —de acuerdo con los fundamentos psicolingüísticos y semánticos a que se acaba de aludir—, sino más bien de homónimos y parónimos, lo que unido y entrelazado al empleo de la polisemia reviste de una gran opacidad y confusión a lo significado por su discurso.

De haber una sola y biunívoca correspondencia entre cada uno de los conceptos aquí empleados por Freud y cada una de las realidades por aquellos designadas, sería mucho menos improbable la emergencia de paradojas, confusiones y ambigüedades. Esto sorprende mucho y hace pensar al lector —a quien causa, como es lógico, una cierta perplejidad—, eso sí consideradas o reinterpretadas desde la falsa vivencia del eureka! Como si el contenido del texto freudiano fuera una exigencia —a la vez que una confirmación— de que se ha entrado en estrecho contacto con la vía comprensiva de la «psicología profunda». En el fondo, lector, analizado y/o analista, por mor de estas trampas del lenguaje, devienen en rehenes de las mallas del lenguaje en las que quedan cautivos y hasta cautivados.

Las polémicas y controversias en que se suelen prolongar después los «discursos» alternativos entre ellos, no tienen su origen, la mayoría de las veces, en la emergencia de diversos pensamientos un tanto contradictorios entre sí, sino que su fuente de alimentación es meramente verbal.

En esta etapa parece estar más puesto en razón, en cambio, otro tipo de síntesis: la que podría resultar en el niño de la satisfacción del hambre que padece, simultáneamente que la satisfacción que experimenta por el cuidado afectivo y las caricias que la madre le prodiga mientras le alimenta. Esta nueva síntesis parece mucho más razonable y menos tortuosa y tergiversadora de la realidad. De hecho, en muchas culturas —entre las que se incluye la nuestra—, la afectividad y la nutrición comparecen vinculadas con demasiada frecuencia. Así, por ejemplo, es difícil concebir la celebración de una fiesta o de cualquier acontecimiento que celebrar, que no vaya acompañado de una comida. En cambio, apenas si se puede encontrar algún uso o costumbre cultural, que atañe precisamente a la infancia en el que la satisfacción alimentaria y sexual aparezcan vinculadas.

Sea como fuere, el hecho es que muchos de los afectos de la madre se vuelcan en el hijo, simultáneamente que éste se alimenta de ella. Pero de aquí no se deriva el resultado, que Freud sostiene: que «la manifestación más precoz de un impulso hacia la satisfacción que, si bien originada por la ingestión alimentaria y estimulado por ésta, deba alcanzar el placer independientemente de la nutrición, de modo que podemos y debemos considerarlo sexual». Tal inferencia parece desproporcionada, muy poco puesta en razón y, desde luego, excesiva, además de todavía no verificada.

En la *etapa sádico-anal* el niño satisfaría su impulso de defecar, impulso que acaba por gratificarle, mediante la sensación de alivio y relajación que experimenta, tras la expulsión de las heces. Esta etapa, según Freud, se extiende desde los 18 hasta los 36 meses. Pero si en la etapa oral podían aparecer ciertos conflictos en lo relativo a su satisfacción —bastaría con que se demorase la madre en darle el pecho—, en esta etapa tam-

bién aparecen, puesto que el niño debe aprender a controlar su esfínter y, por consiguiente, a demorar o posponer el placer que le supone la expulsión de las heces.

La *etapa fálica* se extiende desde los tres hasta los cinco años de la vida y consiste, según Freud, en el interés y atracción que el niño experimenta por sus genitales, cuya autoestimulación deviene en una fuente de gratificación.

Esa autoestimulación no tiene en la mayoría de los niños ninguna significación erótica sino que se explica mejor apelando a la conducta autoexploratoria y al vehemente deseo de conocer que los niños suelen tener en esta etapa de la vida.

Freud, sin embargo, erotiza esta etapa, atribuyendo al niño sentimientos de hostilidad hacia el progenitor del mismo sexo, una vez que se siente atraído por el padre del sexo opuesto. Esta situación genera, según Freud, un importante conflicto, denominado por él, como *complejo de Edipo*, al que se añade la *angustia de castración*, término con que se designa el temor que el niño experimenta a ser castigado por el padre del mismo sexo.

Freud concibe y describe estas etapas evolutivas simultáneamente que va haciendo intervenir la emergencia de los sistemas que configuran la estructura de la personalidad, a los que ya se aludió en anteriores epígrafes. Al mismo tiempo, hace intervenir en los supuestos conflictos propios de cada una de estas etapas los elementos que componían la topografía de la conciencia, ya referida, y los mecanismos de defensa del Yo, de cuya presentación me ocuparé más adelante.

A la etapa fálica le sucede otra etapa oscura, parsimoniosa y sin apenas contenido a la que Freud denomina como *etapa de latencia*, que se extiende desde los cinco hasta los siete años. Esta es una etapa que se caracteriza más por las omisiones que por los aconteceres que en ella emergen. Lo propio de esta etapa, según Freud, es que el impulso sexual del niño disminuye y se ausenta en sus manifestaciones comportamentales, al mismo tiempo que su proceso evolutivo se detiene, mientras se extingue buena parte de lo que aprendió en las etapas anteriores.

Es decir, lo característico de esta etapa es el reposo y la amnesia, por cuanto que el niño, según Freud, olvida los aconteceres que acaecen en este período evolutivo. Es pues una etapa de silencio evolutivo, según Freud, justamente cuando durante este período numerosos autores e investigadores en el ámbito de la psicología evolutiva estudian con detalle los numerosos e importantes procesos que acaecen y que contribuyen a la vertebración de la futura personalidad del niño.

Por último, en la *etapa genital* descrita por Freud, es precisamente donde se finaliza, organiza e integra el comportamiento sexual. Esta últi-

ma etapa es casi irrelevante en la teoría psicoanalítica, a pesar de que en la realidad —en plena adolescencia— suceda exactamente lo contrario, tal y como pone de manifiesto la investigación empírica acerca de la sexualidad.

Por otra parte, Freud juega con la ambigüedad en cada una de estas etapas, puesto que, en primer lugar, manifiesta una relativa coexistencia entre todas ellas y los rasgos que les caracterizan; y, en segundo lugar, la represión de la tendencia de la libido puede acontecer sectorial o globalmente en alguna de estas etapas o en todas ellas.

El determinismo psicoanalítico tiene en este desarrollo evolutivo de la personalidad un buen exponente. Freud considera decisivas a las tres primeras etapas para la formación de la personalidad, mientras que casi desatiende y se desentiende de lo que pueda suceder en las dos últimas. Este último postulado está hoy más que cuestionado, tanto más cuanto que su autor relaciona las tres primeras etapas con tres estilos de comportamiento y tres tipos de personalidad, que no tienen parangón alguno como, por otra parte, tampoco han podido ser refrendados por lo que acontece en las dos últimas etapas.

Freud hará intervenir a ciertos mecanismos de defensa del yo (a los que se atenderá en el siguiente epígrafe), especialmente a la *regresión* y a las *fijaciones*, para justificar los tipos de personalidad concernientes a cada una de las tres primeras etapas, de forma que sean coincidentes y paralelas, al menos metafóricamente, con los rasgos que, según dice, les caracteriza.

Así, por ejemplo, la *personalidad oral* sería consecuencia de una fijación y detención evolutiva en la etapa oral, que se caracteriza por el comportamiento narcisista, la pasividad, la dependencia, etc. Lo mismo acontece con la *personalidad anal*, caracterizada por la retención de lo poseído, la terquedad, la tacañería, la limpieza, el orden, etc. Por último, la *personalidad fálica*, mostraría las consecuencias de cómo se ha resuelto el complejo de Edipo, la actitud ante la autoridad, la persecución del éxito social y de las conquistas sexuales, la mala elaboración del sentimiento de culpa, etc.

Sin embargo, no disponemos de ningún resultado empírico que, por el momento, haya validado ninguna de estas y otras hipótesis, según Freud, en la teoría evolutiva de la personalidad. Se diría que de atenderse a los hechos empíricos, el comportamiento del niño y su desarrollo no han sido verificados tal y como son expuestos en la teoría psicoanalítica de la personalidad.

En definitiva, que ni siquiera desde una perspectiva estrictamente psicopatológica —uno de los sesgos más importantes que atañen a la teoría psicoanalítica de la personalidad—, son asumidas hoy las explicaciones e interpretaciones realizadas por Freud, en lo que se refiere a los trastornos de la personalidad (Polaino-Lorente, 1995).

Lo mismo acontece desde la perspectiva de la psicología evolutiva, lo que tal vez pone más de manifiesto la debilidad de estas intrincadas hipótesis conjeturales acerca de lo que sea la personalidad.

## 5. Los mecanismos de defensa del yo

La teoría de la personalidad psicoanalítica está fuertemente condicionada por sus orígenes, por su desarrollo y por la finalidad a la que propende. Por sus *orígenes*, porque surgió como una necesidad o exigencia de explicar ciertos procesos y síntomas psicopatológicos, lo que forzosamente habría de imponerle un sesgo un tanto artificial. Es decir, el punto del que partió Freud limita y restringe el alcance de su teoría, dado que en la mayoría de las personas no se muestran, de ordinario, esos síntomas psicopatológicos.

Por su *desarrollo*, porque ninguna de las hipótesis que de forma articulada o no configuran esta teoría han podido ser respaldadas por los resultados de las investigaciones empíricas. Y esto con independencia de que el mismo Freud incurra en frecuentes contradicciones a todo lo largo de su obra, en lo relativo a las explicaciones que ofrece respecto de la estructura del aparato psíquico.

Por su *finalidad*, porque el sentido último de esta teoría —como se comprueba en los estudios críticos de los textos freudianos— no es otro que el de poder explicar los trastornos psicopatológicos. De aquí que las indagaciones de Freud acerca de los procesos psicológicos implicados en la estructura de la personalidad devienen al fin en un intento de explicación de los procesos psicopatológicos para cuyo fin se concibió dicha teoría.

De hecho, el propio Freud fue modificando sus «explicaciones» psicopatológicas al mismo tiempo y en función de los cambios que iba introduciendo en su teoría acerca de la estructura del aparato psíquico.

En este contexto es donde surgen los *mecanismos de defensa* del Yo. Freud introdujo este término para designar «el rechazo de lo instintivo por parte del Yo». Más en concreto, los mecanismos de defensa conforman las estrategias de que se sirve el Yo ante la angustia suscitada en él como consecuencia del ímpetu de los impulsos instintivos y de la libido, que teniendo su origen en el Ello emergen como amenazadores.

A lo largo de los años Freud fue variando la denominación de esta acción defensiva del Yo respecto del Ello. Al comienzo denominó a esta estrategia con el término de *represión*, término que acuñó para designar la acción de una fuerza «que más que alejar, confina materiales psíquicos fuera de la conciencia». La *represión* es, pues, en su primera acepción psicoanalítica, la acción de arrojar algo fuera de la conciencia, gracias a lo cual

una experiencia conflictiva se hace inconsciente. Posteriormente prefirió incluir la represión entre los mecanismos de defensa del Yo. Por el contrario, en sus últimos escritos volvió a recuperar este término con otra acepción significativa, y ello con independencia de que lo considere también como un mecanismo de defensa.

Freud admitió numerosos *mecanismos de defensa*, que posteriormente fueron ampliados y modificados por su hija (Ana Freud, 1984) y otros discípulos. No obstante, la mayoría de ellos son coincidentes en señalar que no todos los mecanismos de defensa son eficaces para evitar la exposición del Yo a la angustia.

De aquí que hayan sufrido diversas sistematizaciones a lo largo del tiempo. Más allá de estas discusiones, lo que parece haber sobrevivido a ellas es lo que sigue: 1) que los mecanismos de defensa son las estrategias de que se sirve el Yo contra la angustia generada o no por la represión; 2) que el único mecanismo de defensa que ha mostrado ser exitoso respecto del Yo es la *sublimación*; 3) que los restantes mecanismos de defensa o son ineficaces o son patógenos, tanto si se emplean contra los impulsos instintivos como contra los afectos o la realidad.

La *sublimación* es el único mecanismo de defensa eficaz, dado que es el único que logra el cese de la acción de lo reprimido, cuando el Yo así se comporta. En cambio, la actuación del Yo a través de los restantes mecanismos de defensa resulta, para este propósito, ineficaz, es decir, que deben actuar una y otra vez con el fin de evitar la continua irrupción en la conciencia de lo reprimido. De aquí la paradoja de que los mecanismos de defensa no solamente no defienden al Yo de la ansiedad sino que, con su repetición, contribuyen o pueden contribuir a configurar la estructura del *comportamiento neurótico*.

La sublimación es eficaz, sencillamente, porque transforma un impulso instintivo en algo deseable socialmente e incluso en algo calificado como valioso. Así, por ejemplo, la *avaricia* es consecuencia de sublimar el placer erótico-anal que siegue a la retención de las heces.

Los impulsos instintivos que han sido sublimados se subliman gracias a que la energía que les impulsa se agota y desgasta en aquello en que ha sido transformado el impulso. Esto hace, según Freud, que desaparezcan esos impulsos, pero a su vez exigen un continuo aporte energético de la libido, cosa que no puede acontecer si la represión continúa funcionando.

La *sublimación* es eficaz porque es incompatible con la *represión*, en la medida en que se alimenta y extingue la energía que es necesaria para esta última. La sublimación —como otros muchos mecanismos de defensa—, es deudora de las aportaciones e interpretaciones que de ellos realizó Ana Freud (1984).

Entre los mecanismos de defensa ineficaces o patógenos contra los impulsos instintivos cabe mencionar aquí los siguientes: *negación, proyección, introyección, borramiento, formaciones reactivas, reparación, aislamiento y regresión.*

Mediante la *negación* la persona niega los pensamientos y las percepciones internas que resultan intolerables para el Yo, en el caso de que llegaran a alcanzar la conciencia. En el fondo lo que se hace es negar la realidad, fin al que tienden de una u otra forma todos los mecanismos de defensa. De aquí que lo que caracteriza a la *personalidad neurótica* es que una parte de su Yo niegue la existencia de verdades que la otra parte conoce. En realidad, lo que el *comportamiento neurótico* pone de manifiesto es el desajuste que se produce entre la personalidad y la realidad.

La *proyección* es la tendencia a atribuir a otro o al mundo exterior cierto proceso cuyo origen está en la propia persona, pero cuya existencia no se quiere admitir. La persona se defiende en este caso, en primer lugar, mediante la represión de esos contenidos y, en segundo lugar, mediante la atribución a otras personas. Lo que sucede en realidad es que la persona desplaza su conflicto hacia otro, una vez que lo ha reprimido en sí misma.

En la *introyección* lo que acontece es que la persona absorbe en sí misma ciertas situaciones, rasgos de comportamiento o estímulos, que de ser considerados como lo que son desencadenarían la angustia al propio Yo. En cambio, si la persona se identifica con aquello que le angustia y se comporta como si fuera suyo, la angustia disminuye, pero la represión continúa. Esta absorción que hace el Yo del otro resulta ineficaz porque quiebra la independencia entre el otro y el Yo y, por consiguiente, es una defensa ineficaz del Yo que al fin resulta ser autodestructiva.

Se entiende por *borramiento* el proceso mediante el cual lo que angustia al propio Yo es relegado al inconsciente. Cualquier impulso que no sea aceptado por el Super Yo es relegado a lo inconsciente. Este mecanismo coincide con la represión y con la negación, de los que resulta muy difícil de diferenciar. Es un mecanismo ineficaz porque exige la co-presencia de lo reprimido, de cuya energía se abastece. En realidad, es un modo de perpetuar el conflicto, tal y como se manifiesta en ocasiones en algunos comportamientos neuróticos en los que se han magnificado sus manifestaciones emotivas. De otra parte, este mecanismo desajusta mucho a la persona respecto de la realidad, puesto que a través de esas manifestaciones la persona procura ineficazmente compensar su inadaptación a la realidad.

Se entiende por *formaciones reactivas* aquellas formas de comportamiento que protegen al Yo de algún hecho biográfico o de ciertos aspectos de su personalidad que, de desvelarse, resultarían intolerables. Aquí

también hay una cierta sustitución del contenido reprimido por otras conductas que lo enmascaran. Este es el caso, por ejemplo, del ceremonial obsesivo en el que gracias a los hábitos estereotipados el Yo se defiende contra el desvelamiento de ciertos impulsos inconscientes.

A través de la *reparación* la persona trata de restituir y regresar a la situación inicial haciendo lo contrario de lo que hizo para tratar de anular el significado de lo que realizó. En cierta manera, mediante la reparación o anulación, el Yo vuelve a su posición anterior. Es lo que sucede, por ejemplo, cuando un niño prodiga su afecto hacia su hermano, de quien con anterioridad se había sentido celoso.

Mediante el *aislamiento* el Yo destruye cualquier relación entre una causa y sus consecuencias. Como tal mecanismo de defensa trata de desconectar un hecho conflictivo aislándolo de otros hechos significativos y del colorido afectivo que le era propio. Una vez desconectado y aislado de otros hechos y desnudado de su carga afectiva, el Yo experimenta alivio. Pero como esos hechos se evocan una y otra vez, forzosamente una y otra vez han de ser aislados y desprovistos de su carga emotiva, por lo que el proceso continúa sin que el conflicto se solucione.

En la *regresión* se defiende al Yo añorando estados y situaciones anteriores para evitar la actual hostilidad de ciertos hechos conflictivos. La persona regresa a un estadio evolutivo anterior, en el que tal conflicto no podía presentarse o en el que la situación era más agradable para el propio Yo. Cuando el comportamiento regresivo se repite de una forma reiterada, el propio Yo acaba por fijarse en la posición a la que regresa. En este caso se habla de *fijación*.

Se han descrito muchos otros mecanismos de defensa del Yo no sólo contra los impulsos instintivos sino también contra los afectos. En realidad, afectos e instintos son indisolubles en tanto que agentes perturbadores del Yo. De hecho, la defensa contra los instintos no es en rigor una defensa contra ellos sino más bien una defensa contra la angustia, vivencias y sentimientos que suelen acompañar a los impulsos instintivos cuando se hacen presentes a la conciencia.

Entre los *mecanismos de defensa contra los afectos* que desajustan al Yo se encuentran los *equivalentes afectivos*, el *desplazamiento*, el *bloqueo de la afectividad*, la *postergación* y las *formaciones reactivas*.

Estas últimas son análogas o muy parecidas a las formaciones reactivas a las que se aludió ya líneas atrás. Como tal mecanismo de defensa afectivo trata de cambiar la cualidad de los afectos, se les aísla, se les interioriza o proyecta o se hace una racionalización de ellos. De todos ellos la *racionalización* es el que se suele usar con mayor frecuencia. Un ejemplo paradigmático de racionalización es el que se contempla en la fábula de la zorra que, deseando alcanzar las uvas y no pudiendo conseguirlo, racio-

naliza sus impulsos dándose la razón a sí misma de que no le importa porque las uvas todavía están verdes.

En la *equivalencia afectiva* lo que acontece es que se sustituye un impulso instintivo por otra sensación. Esta nueva sensación sustitutiva del impulso es tomada como un «equivalente» de aquel. En realidad muchos de estos equivalentes afectivos pueden llegar a convertirse en trastornos psicósomáticos, es decir, en síntomas en los que anidan los afectos reprimidos, manifestándose en forma disfrazada como expresión de la ansiedad.

En el *desplazamiento* la carga afectiva que acompaña a una idea o pensamiento se traslada a otra idea o pensamiento en sustitución de la primera. Es relativamente frecuente que la afectividad no expresada ni satisfecha en la pareja, por ejemplo, se desplace a alguno de los hijos, en sustitución de la afectividad del otro cónyuge.

En el *bloqueo afectivo*, lo que sucede es que los afectos son negados en sus manifestaciones expresivas. Es lo que condiciona, por ejemplo, la rigidez emocional. El Yo se defiende así de la posible angustia que acompaña a la expresión de sus propias emociones. El bloqueo afectivo condiciona un comportamiento artificial que puede expresarse como impasibilidad, como cierta impermeabilidad respecto de los afectos que forzosamente afectan al propio Yo.

En el caso de la *postergación* el mecanismo de defensa afectivo de que se sirve el Yo consiste en una reacción desproporcionada gracias a la cual los afectos que habían sido reprimidos encuentran alivio. En realidad la postergación suele seguir al bloqueo afectivo y supone, en cierto modo, un desplazamiento de la carga afectiva de uno a otro contenidos.

Por último, se han descrito también *mecanismos de defensa* del Yo, especialmente por Anna Freud, *respecto de las situaciones exteriores* y la ansiedad generada por ellos. Entre los más relevantes se encuentran aquí la *negación de la fantasía*, la *limitación del Yo* y la *negación de actos y palabras*.

Mediante la *negación de la fantasía* el Yo puede sustituir en su imaginación la situación real desagradable por otra situación fantástica de tipo placentero.

La *limitación del Yo* es un mecanismo de defensa consistente en que el Yo abandona el escenario o la acción que le resulta displacentera, apelando a su insuficiencia. Es muy frecuente en los niños, en los que por su edad apenas si logran distinguir entre sus fantasías y la realidad. Asumir la inferioridad del propio Yo ya es un conflicto, pero asumirla sólo para evitar el displacer que ello comporta, con independencia de que se sea inferior o no a los otros, es causa de numerosos conflictos.

Mediante la *negación de actos y palabras* o su modificación, el Yo transforma una situación real desagradable por otra más agradable y placentera.

Una observación atenta y detallada de los mecanismos de defensa del Yo, descritos líneas atrás, nos muestra su ineficacia, así como la difícil delimitación existente entre unos y otros. Puede afirmarse que muchos de los así llamados mecanismos de defensa del Yo, en modo alguno defienden al Yo de la angustia, cualquiera que sea la causa de esta última. Más bien lo que acontece es que el Yo deviene en un rehén de la angustia.

Cautivado el Yo por las estrategias que emplea para su defensa, él mismo queda cautivo en las estrategias que emplea. Por eso muchos de estos mecanismos de defensa del Yo deberían denominarse, de acuerdo con los efectos que generan, con otro término más apropiado como, por ejemplo, mecanismos de autodestrucción del Yo.

El propio Yo se hace fuerte cuando se enfrenta a sus propias debilidades y a la angustia que es menester sufrir para crecer y avalorarse, no importa donde resida su causa. Negar la realidad en ningún caso contribuye a una mejor salud psíquica. Asumir la realidad, por dolorosa que ésta fuere, es ya un principio de encaminamiento del propio Yo a encontrar las oportunas soluciones para sus problemas.

Tal vez por esto una de los primeros supuestos en que ha de trabajarse en psicoterapia es en conseguir que el paciente admita la responsabilidad que naturalmente le compete respecto de sus propios conflictos. *La libre asunción de la propia responsabilidad* tiene ya para la mayoría de las personas un efecto terapéutico.

Por último, parece necesario aludir aquí a muchas estrategias empleadas en el contexto de la terapia cognitiva que evocan desde la lejana distancia a algunos de estos mecanismos de defensa del Yo. Hay algo, sin embargo, que les distingue radicalmente de éstos últimos: el hecho de poner un mayor énfasis en manifestar los conflictos a la luz de la propia conciencia y la apelación sistemática a la racionalidad.

Acaso por eso mismo la terapia cognitiva se muestre hoy como una terapia eficiente en el tratamiento de numerosos conflictos capaces de suscitar la insoportable ansiedad. Y esto sin entrometerse de una forma invasiva y/o artefactual en la intimidad del paciente, al que se acaba por imponer un abstracto sistema codificador de sus procesos psíquicos, conducidos por una incierta y muy poco probada hermenéutica.

## 6. Bibliografía

- FERRATER MORA, J. (1979), *Diccionario de Filosofía*, Madrid, Alianza Editorial, Vol. 4, 3054-3057.
- EYSENCK, H. J. (1988), *Decadencia y caída del imperio freudiano*, Barcelona, Ediciones de Nuevo Arte Thor.

- EYSENCK, H. J., y WILSON, G. D. (1980), *El estudio experimental de las teorías freudianas*, Madrid, Alianza.
- FRANKL, V. E. (1950), *Psicoanálisis y existencialismo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (1999), *La idea psicológica del hombre*, Madrid, Rialp.
- FREUD, A. (1984), *El yo y los mecanismos de defensa*, Barcelona, Paidós.
- FREUD, S. (1973), *Obras completas* (3.ª ed.), Madrid, Biblioteca Nueva.
- FROMM, E. (1980), *Grandeza y limitaciones del pensamiento de Freud*, Madrid, Siglo XXI.
- GAY, P. (1990), *Freud. Una vida de nuestro tiempo*, Barcelona, Paidós.
- POLAINO-LORENTE, A. (1981), *La metapsicología freudiana*, Madrid, Dossat.
- (1984), *Anotaciones a la antropología de Freud*, Madrid, Universidad de Piura.
- (1991), *Il senso di colpa non patológico*, en: LAMBERTINO, A., *Al di là del senso di colpa? gli interrogativi del dopo-Freud*, Roma, Citta Nuova Editrice.
- (1994), *Historia de la psicología y los movimientos psicológicos*, en: SEVA DÍAZ, A., *Psicología Médica*, Zaragoza, INO Reproducciones.
- (1995), «Las terapias cognitivas, el psicoanálisis y la clínica», *Seminario Médico*, 11-21.
- (1999), *Presentación*, en: FRANKL, V. E., *La idea psicológica del hombre*, Madrid, Rialp.
- (2003), *Historia del Psicoanálisis*, en: VV. AA., *Historia del pensamiento visto desde el Tercer Milenio*, Madrid, Síntesis (en prensa).
- RACHMAN, S. (Dir.) (1975), *Ensayos críticos del psicoanálisis*, Madrid, Taller Ediciones J. B.
- ROF CARBALLO, J. (1950), *Patología Psicósomática*, Madrid, Científico Médica.
- VARGAS, T., y POLAINO-LORENTE, A. (1996), *La familia del deficiente mental. Un estudio sobre el apego afectivo*, Madrid, Pirámide.